del pretorio exigía la muerte del Justo y en Murcia clama por liberarlo. Que si en la Jerusalén bíblica Pilato vacilaba en lo alto de la escalera, en esa mañana del Lunes Santo huertano vuelan los nazarenos sobre los peldaños para alcanzar el madero. Que si en el Calvario clavaron el Inri de la burla, este barrio ya amanece empedrado de carteles con los nombres de las familias que reservan la acera para, a la tarde, presenciar la procesión.

Pero ahora escuchemos, escuchad murcianos los ecos que acarician este teatro señero, el murmullo que brotó hace apenas unas horas desde las Capuchinas del Malecón para anunciar a Murcia que algo grande está a punto de suceder. Fue primero un leve rumor, apenas un susurro de tambores destemplados que surgió entre los vaivenes de los últimos cañares junto al río. Y luego fue creciendo, se fue acercando a la ciudad a lo largo del paseo, y una silueta de tronío se recortó entre los cipreses centenarios del huerto remoto. El Gran Poder se acerca. Nadie lo trae, que Él camina de aplauso en aplauso, mecido por los suspiros de los periodistas y diestros murcianos.

Inquietud ante el Amparo

Al Amparo iremos con la inquietud de siempre. Unas veces por los cielos, cuando convocan la tormenta y los cofrades escrutan desde sus balcones el firmamento de madrugada. Otras, porque comprendemos que culmina la Semana Santa que se extiende todo el año, la del silencio y la soledad de las capillas centenarias, la de las rosas anónimas que adornan altares en penumbra, la Semana Santa de las puertas enclavadas, de la oración sigilosa y apresurada, de la cera apagada y los mantos de diario, de la tarima desnuda de rosas y destemplada, huérfana de la luz desbordante de la primavera, presa de la calorina de agosto o del frío de mistela que anima las cuadrillas en Navidad.

Concluye la Semana Santa de la espera. Y en San Nicolás desgrana el murciano sus entretelas de impaciencia para transformarlas en gozo ante el Cristo del Amparo.

Los gitanos, en su jerga de brazalete rojo y delantal estampado, cobran las últimas sillas, disputándose la calle con los carritos de globos y refrescos, y con el aroma a pasteles de carne, porque Murcia no guarda vigilia. ¡Bastante abstinencia es la larga espera de la Semana Mayor! Entonces, quebrando la algarabía de los tambores y las pláticas, el taconeo apresurado de las señoras, las protestas de los abuelos, que fingen andar alborotados con los nietos, resuena en la plaza el golpe del estante. Apenas unos segundos antes es la voz del presidente Galiano la que atrona el templo: "¡Señores: Procesión a la calle!".

El tiempo recupera sus manecillas de primavera. Vuelve a sentirse el quejido de madera del trono que cruje al alzarse. Y de nuevo se escucha el retintín de las lágrimas de cristal en las tulipas, el susurro de los caramelos que van acariciando la túnica, el soniquete de las varas de los mayordomos que trazan arañazos invisibles en el suelo…

Los que no tienen piedad

¿Qué busca el murciano en su Semana Santa? ¿Qué misterio atesoran estos días que al cristiano zarandean e inquietan al incrédulo? ¿Es solo lo imponente de la representación de la muerte atroz de un pobre hombre acusado de blasfemo? ¿Es el eco histórico que nos hace reparar en los crímenes contemporáneos de un planeta donde la injusticia aplasta la paz, la intolerancia extermina la convivencia y el ser a menudo se reduce al tener o al poder? San Pablo describía a los paganos, a quienes no creían en las verdades como puños del Evangelio, como aquellos que no tenían piedad. Es una descripción tan devastadora como actual. Los que no tienen piedad ni Fe ni Caridad ni Esperanza y a los que Murcia tiende la mano en un fin de semana de Pasión. Tres virtudes, tres cofradías entre las que se debaten los amores nazarenos. Cristo de la Caridad que a la Pura y encumbrada en Santa Catalina pregonas la tarde corinta. Cristo fran-

ciscano sin más policromía que el destello de quienes te admiran, y el Santo Celo de la Domenica de Ramos cuando el Señor entra por San Pedro.

Los que no tienen piedad. Piedad con los indefensos niños que arrancan del vientre de sus madres invocando un supuesto derecho que, en realidad, es solo un oscuro negocio. Piedad con los ancianos que, al culminar toda una vida de sacrificio y entrega, son arrinconados y despreciados y acallan sus últimas lágrimas aguardando visitas que nunca llegarán. Piedad con los enfermos y desvalidos, espejos relucientes de Cristo, abandonados en la soledad de anestesia de los hospitales, en los orfanatos, que son diminutas porciones de cielo en el limbo de la sociedad, en los albergues sociales donde unas sábanas limpias adormecen la desesperanza por unas horas. Piedad con la mujer maltratada, a quien Dios situó por encima de los apóstoles, con las víctimas del terrorismo y el fanatismo religioso, con quienes se enredan en la penumbra de las drogas, con los que atraviesan desconcertados el desierto de la crisis económica o arriesgan sus vidas dando tumbos en la mar por alcanzar nuestras costas. "¿Por qué llora Jesús?", me preguntaban mis hijas.

¡Piedad, piedad, piedad con aquellos por los que Cristo llora!

Y siempre nos aguarda la Esperanza que, como una brisa fresca, acerca a Murcia la respuesta a tantas dudas mientras la tarde bosteza. Tarde de azahar y alábega, de barra de antiguo colmado, de cestas de esparto y caña, de mayordomo cubierto, de manola altiva y guapa, tarde de mozas lozanas con la carita empolvada, tarde de clavel granate, de lirio y orquídea rosada, de estantes de gesto recio, de recia sená apretada, de plaza recoleta en San Pedro por donde la Magdalena pasa, de algarabía de palmas, de celo por nuestras almas, de cíngulos con varias vueltas, rosarios de perlas y nácar, de verde esperanza llena, llena de medias caladas, calado mi corazón cuando contempló al Señor ante aquella puerta estrecha, que aún parece estrecharse por abrazar su madera.

¡Qué rostro tan bello y puro
tiene Jesús en San Pedro
cuando oscureciendo el día,
lo levantan hasta el cielo
treinta y cinco nazarenos!

Profesión de Fe Magenta

Desde este mismo instante, hago profesión de fe: Qué no hay Cristo más castizo, ni muerte más elegante, ni rosas que huelan mejor, que no hay en Murcia murciano que al ver al Perdón andando, sus estantes apretando, el barrio que se desploma y una multitud clamando, no exclame casi entre llantos: "¡Viva la madre bendita que un buen día os parió!". Y lo demás son monsergas, hablillas de sacristía, que hay que tener valor para escuchar un pregón pudiendo ver al Señor navegando en Trapería.

En esta Murcia de la Unión Europea, que Bruselas queda a un paso aunque allí no sepan que un paso es una tarima, con sus varas y sus flores, y sus imágenes encima, aún queda un reducto nazareno que se resiste a perder la esencia de la Semana Santa murciana: la algarabía y el jaleo, el desorden aparente, como un reloj de mil

piezas desarmado sobre la mesa del itinerario nazareno y que, solo unos segundos antes de arrancar la procesión, con el golpe de campana de las siete de la tarde, vuelve a componerse para marcar con absoluta precisión la hora de la Pasión. Esto sucede en San Antolín.

"Debemos felicitarnos por la Declaración de Interés Turístico Internacional para nuestra semana Santa. Es un reconocimiento merecido, sin duda; pero comporta la gran responsabilidad de esforzarnos por cuidar estos días de Pasión, la calidad artística de los desfiles y, por encima de cualquier otra cosa, la esencia de la Pasión huertana. Y, para esencia, San Antolín".

San Antolín, en Lunes Santo, cuando Luis de la Rosario va despachando vermús, bacalao rebozado y caballitos dorados, la anchoa con su cebollica, dulce y salada, no pica, se convierte en capital. Capital de los cofrades que recuperan sus remotas túnicas del cofre de chapa donde la abuela escondía las cuatro perras, los zarcillos de plata, y la mortaja, que no era de color magenta para no dar de que hablar. Sale el nazareno del Perdón a mediodía a echarle el alboroque al mismísimo Cristo, porque es uno más de la familia,

tras concluir el besapié. El mundo se detiene en una atmósfera de colmado antiguo.

Entonces aparece un chiquillo. "Dice mamá que te vengas, ¡que no te lo dice más!", le increpa al padre. Pero es en vano. Porque el cofrade del Perdón se enzarza discutiendo sobre cuál paso anda mejor, que si el año pasado no se podía ir más lento, que si este ya veremos, que a las ocho en La Glorieta, la amenaza de la lluvia, que hay que tener valor para no limpiar la túnica, que éste no ha sacado contraseña, que aquél nazareno no iba bien calzado y el regidor se lo comía, que a ver quién es el guapo que sale a fumar, que el presidente ha dicho esto y lo otro, que qué sé yo... Lunes Santo castizo.

Aún mi madre me alzaba en sus brazos cuando me encontré por vez primera con el Señor del Malecón. ¡Qué me hiciste sentir Padre, que ni un año de mi vida he faltado! ¡Qué honor que me permitieras acompañarte aquel reciente año cuando la tormenta deshizo sus hilos de agua maldita sobre nosotros y mi hija Teresa, cubierta su pequeña cabeza con una bolsa a modo de improvisado sombrero, con apenas tres años de vida, guardaba la compostura junto a la rampa y,

no hay mal que por bien no venga, me arrebataba el corazón al comprender que será nazarena!

¿Adónde caminas, Perdón, quebrada la tarde oscura, sin más fuerza ni armadura que el latir del corazón? ¿Qué buscas Padre del Cielo al virar en San Julián, cuando te admiran tus hijos mientras al mundo encandilas? "¿Qué es lo que va a buscar?", sonríe alguien. "¡Busca la nazarenía!". De bocacalle a plazuela, del Arenal a Vidrieros, de Sagasta hasta Las Flores te siguen tus nazarenos. Sin contar, que podría hacerlo, los que observan desde el cielo.

Ni en mil años que se escribiera tendría final la crónica del Perdón. Pues otros mil serán necesarios para entender el misterio de tan secular Pasión. San Antolín, puertas abiertas. Ante el templo, la carrera. Pero aún antes la cuesta del Señor del Malecón. ¡Qué tronío los estantes! De comandantes, Los Rojos. En el puente va María. Por babor, la Magdalena; San Juan en estribor arriba. Hacia el puerto de Belluga; mar de fondo, burla antigua; como batuta, un estante; como marea, mi vida. Comienza la sinfonía de este velero andante que va reclamando la Gloria con notas de magenta y sangre.

¿Por qué llora Jesús, papá?

A La Esperanza de San Juan, cuando se ajusta el Arco remoto por corona estrellada, los murcianos la tuteamos. Y es de tanto quererla. Porque tiene esta talla que el viento mece sobre un campo de velas algo de andar por casa, de sencillez en la mirada y manos entreabiertas, como si hiciera un instante que caminara rezando el rosario que en ellas se balancea. María Santísima que, por guapa y soberana, abre el camino al Rescate por la inmemorial calle Tahona.

Esperanza, que cuando te veo llegar sé que susurrarás mi nombre y me preguntarás por nuestras cosas: Si acaso el año fue bueno, si se cumplen mis anhelos, si quizá se desmoronó algún sueño, sin reprocharme otra cosa que quedarme prendido de tu belleza hasta el instante en que llega Tu Hijo.

El Martes Santo de sobriedad murciana reparte entre las parroquias de San Juan los desvelos nazarenos. Dos asociaciones, dos epicentros cofrades. La de los Esclavos y aquella remota y hospitalaria cuyo Cristo fue testigo consolador del sufrimiento de tantos murcianos, mientras presidía la escalera del antiguo hospital. Solo así entiendo esa expresión abatida y misericordiosa en un cuerpo que aún rezuma trazas góticas. Ahora a Él lo consuela la Madre del Primer Dolor, la que en San Miguel es la de los Santos Pasos. Pero antes llega el Esclavo del Rescate en su besapié, Aquél cuyos cultos instituyera el buen cura Juan Bernal, tío abuelo de mi esposa y quien pronto será santo. "Y tú también, María Teresa, fiel compañera, te has ganado el Cielo por aguantar durante meses la inquietud y la impaciencia que han maltraído, como en penitencia, a este Pregonero durante la gestación del Pregón".

¡Ay Padre mío de la Esclavitud, que caminas en busca del suspiro nazareno y liberador del murciano! Por eso, Señor que todo lo sanas, se mece tu sagrada tarima que es un palio invisible que alcanza el cielo. ¡Qué podría ofrecerte, Maestro que todo lo llenas! Si

me conformo con mirarte a hurtadillas, sin lograr sostenerte la mirada, sabiendo que conoces las entretelas de mi pensamiento. Ante Ti mi otra hija, María, al verte por vez primera, me preguntó inquieta: "¿Por qué va llorando Jesús, papá?". Entonces descubrí que las lágrimas que contenemos saben a acero derretido sobre el alma. ¿Qué le iba a responder? Apenas logré explicarle: "Llora porque quiere quedarse con nosotros y no lo dejan". "¿Y a dónde lo llevan?" volvió a preguntar. "Con sus ángeles, hija, con sus ángeles al Cielo lo llevan porque su Madre, al ver que se aleja, también va llorando de pena".

Madre colorá

Dedicaba estas pobres líneas a todos los nazarenos que estos días revolucionan el Cielo, armando una escandalera a San Pedro, que es Consiliario de la Real y Auténtica Cofradía del Paraíso, pues no quiere convencer al Padre Eterno de que le conviene encaramarse a un trono de nubes, con brazos de luz de estrellas, para cargarlo un ratico, aunque solo sea por dos o tres galaxias, sin entretenerse, "al toque y p'alante", si acaso sea vestidos de calle de la Gloria, de traje y corbata celestial. Pero también quiero alzar mi voz para enaltecer a cuantas mujeres son indispensables en nuestra Semana Santa.

Deseo honrarte a ti, camarera de pasos en cuyas manos primorosas se condensan la elegancia y la devoción en el adorno de nuestros tronos e imágenes. A ti, compañera o esposa que con amor nos ayudas a vestir la túnica y que haces reverdecer cada día la

simiente nazarena, que son nuestros hijos. Y a ti también, penitente o regidora que defiendes la mayordomía con orgullo y delicadeza, con firmeza y decisión. Pero, sobre todo, deseo acordarme de todas aquellas madres que un día nos dejaron, o quizá las convocó este Cristo de La Sangre que avanza hacia la ciudad antigua sobre el río remoto. ¡Madre cofrade que dejaste huérfana la almohadilla de alfileres, esos que unían la camisa con la túnica para que no se moviera!

Madre nazarena de puntadas certeras que esta noche se clavan en mi alma. Me he acordado de ti al paso de la Samaritana, al contemplar su cántaro cómo el agua fresca que me despertaba, aún dormida la noche, con las puertas enclavadas, y tú ya andabas despierta cuando la radio anunciaba: «No hay riesgo de mal tiempo, no habrá lluvia esta mañana». ¡Qué alegría verte alegre con la carita empolvada!

El aroma a leche hirviendo aclara la madrugada.

Todo ocupa su sitio antes de rayar el alba: en la mesa, las estampas; en el aparador, las habas; las monas junto a la puerta; el rosario sobre el arca; y las

cintas y las ligas en tu delantal guardadas. Hasta el taburete chico al que con maña trepabas porque los hijos crecimos, no alcanzabas nuestra espalda. «¡Mira a ver la contraseña, que no haya problema a la entrada!». Parece que te estoy oyendo alborotando la sala. Medio rezando un rosario, madre de santas canas.

En el dedo, un dedal; y una sonrisa en la cara. ¡Que tú nunca te has quejado, que tú jamás lamentabas el madrugar, la vigilia, el levantarte al alba para rezarle a La Sangre porque el miércoles llegaba! Así se vestía el abuelo, así la abuela lo arreglaba. «¡Venga, corriendo hasta El Carmen, que la Samaritana no aguarda!». Y así un año con otro, la vida se te pasaba, sin desear el lucirte, sin que nadie te mirara. ¿Dónde guardaste los años, madre de mis entrañas? Que en esas noches rojizas, cuando el viento nos espanta, siento verte en las esquinas, en la cuarta o quinta fila sonriendo, enamorada...

Hoy te honramos madre buena, mayordoma de postín, cofrade de raza antigua, penitente hasta el confín de tu alma nazarena, estante de morera recia, de la Sangre comisaria, música de bocina de cinc, que ojalá

en el Paraíso, donde te sientas galana, sigas rezando por mí. Que yo seguiré atando, y siempre lo haré en tu honor, en la tarima mi alma.

Nunca dudé de Ti

Nunca dudé de tu amor. Ni siquiera en aquellos años cuando, inconsciente por las premuras de la juventud, me tentaron otros lugares lejanos donde solo me aguardaba la nostalgia y el deseo inaplazable y denso, asfixiante, de volver a verte, de saborear los aromas del azahar y la alábega, de perderme en tus bancales tapizados de vinagrillos, de sentir la calorina en agosto y que el corazón se me templara ante el canto de un aguilando improvisado. Jamás desconfié de tu amor, mi querida Murcia.

Siempre supe cuánto me querías pero en esta noche, cuando intento ahondar en las entretelas de mi existencia nazarena, me arrebata el ánimo convencerme de que el honor de Pregonero no podré pagártelo. Porque siento lo mismo que cada Jueves Santo, cuando la noche oscurece San Lorenzo y la

luz palpita en las lágrimas de la cera que llora al contemplar al Refugio. ¿Qué méritos tengo Señor para siquiera mirarte? ¿Cómo te pagaré todo el bien que me has hecho?

Te contemplo caminar hacia Santo Domingo, tan solo y derrotado, casi asfixiado mientras entreabres los labios sedientos y clavas tus pupilas en mis ojos abatidos. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? Si Tú eres la fuente que mana Gloria bendita camino de Trapería, los suspiros de terciopelo de esos inocentes niños que anuncian tu llegada, el crujir de la rodilla que aplasta el asfalto para honrarte en tu retirada, el murmullo de madera de la campana que se adentra en el bendito pasillo a la puerta de la parroquial. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? ¿Darte yo agua, Padre? Si Tú eres río de mil candelas que reverberan en tu trono plateado, tormenta aplacada en las tinieblas de una guerra fratricida que, setenta años más tarde, se torna manantial inagotable de ternura en tu aniversario. ¿Quién puede ofrecerte agua, Maestro? Si, por más que miro, agua en mi alma no encuentro. Y el voto de mi silencio, con cierto rumor de agonía, las corales arrebatan al viento.

MURCIA NAZARENA

Continua en pregon_41_a_64